

797. No son menos visibles los caracteres de esta divinidad en la doctrina de Jesucristo. Sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral y eterna en sus promesas, anuncia bien claramente que no puede ser parto de la razón humana, y que no sería conocida de los hombres si Dios no se hubiese dignado difundirla en la tierra por medio de su palabra divina.

798. La tercera prueba, que dedujimos del nuevo Testamento es la resurrección de Jesucristo, en cuyo apoyo hemos alegado en primer lugar, el testimonio de los enemigos de Jesucristo, y en segundo lugar el de sus Apóstoles y discípulos.

799. Después de haber manifestado que las mismas precauciones tomadas por aquellos contra el hecho milagroso de que se trata, vinieron á servir contra toda su previsión para confirmar y robustecer mas y mas la certidumbre de su existencia, pasamos á examinar detenidamente los caracteres con que se presenta el segundo testimonio.

800. Los datos con que proceden los numerosos testigos que presenciaron la resurrección, los términos en que dan su testimonio y las circunstancias en que se hallaban, convencen irresistiblemente, según las reglas de la crítica mas severa, que Jesucristo resucitó: por que de todas las observaciones antedichas, resulta que sus Apóstoles y discípulos no pudieron engañarse, no quisieron engañar, ni hubieran podido conseguirlo aun en caso de pretenderlo.

801. El establecimiento del cristianismo, su rápida propagación y su maravillosa perpetuidad constituyen el fondo de las pruebas mas capitales que acerca de

la divinidad de Jesucristo nos suministra la historia de la Iglesia. A este propósito pasamos una rápida ojeada por la historia de los acontecimientos, y comparando lo sucedido con el carácter y extensión de la empresa, el tiempo en que se acomete, los autores que la ejecutan, la conducta que observan y los obstáculos de que triunfan, hicimos ver que nada es tan evidente como la divinidad del cristianismo y de su autor, el origen celestial de la misión de los Apóstoles, y por consiguiente de la Iglesia. Una última prueba de todas estas verdades es el plan sublime de la Religión; pero tal es el objeto de la tercera parte en que vamos á entrar.

## PARTE TERCERA.

*De la religion y su plan.*

802. El objeto del cristianismo fué sin duda traer al mundo la felicidad que era imposible existiera sin él. La carne había corrompido los caminos, según la expresión de la escritura, pensamiento fecundo que en tres palabras encierra cuanto podían discurrir los filósofos, é infinitamente mas de lo que podían alcanzar sobre la situación del género humano, y todos sus males progresivos desde el pecado de Adán hasta el tiempo de la redención. Este solo pensamiento nos presenta tres ideas que consideramos como la clave de toda esta materia: primera, el hombre giraba por una esfera muy diferente de aquella que había de conducirle á la verdadera y sólida felicidad: segunda, no contaba de por sí ni con la luz ni con

camino que conducen á la felicidad: segunda, por que aun independientemente de los obstáculos que debia encontrar por la circunstancia referida, no contaba con otros recursos que los de la naturaleza humana; y estos recursos eran impotentes en el órden expeculativo y en el sistema de la práctica: por que ya se sabe que en el órden moral, la razon sin la fé nada comprende, y la voluntad sin la gracia jamas puede subyugar todas las inclinaciones irresistibles de la naturaleza humana: el entendimiento renueva sin cesar los sistemas, y la voluntad no consigue sino cambiar de pasiones. Sentados estos principios, no debe sorprendernos ya la condicion miserabilísima de la especie humana, cuando todavia no se habia presentado en el mundo Jesucristo, ni el espectáculo maravilloso que las doctrinas y las costumbres iban presentando á medida que se multiplicaban los adoradores de la Cruz.

805. El cristianismo vino pues á vencer estos dos imposibles, ofreciendo á Dios una víctima digna que borrara los pecados del mundo; y ofreciendo al mundo un nuevo principio intelectual y moral, que diese nueva existencia á la razon y comunicase al albedrío una especie de omnipotencia contra el furor deshecho de las pasiones.

806. El Verbo Divino se digna vestirse de la naturaleza humana; y desde el momento mismo de su Encarnacion, cambió de carácter el estado del mundo, pues pudieron decir los hombres, que habia acabado su oprobio y tocado al último término su estremada miseria. El solo hecho de la Encarnacion, divinizó esta naturaleza humana en la persona de Jesucristo; era evidente, que cualquiera obra espiatoria que

Jesucristo practicase, bastaba para satisfacer á la justicia divina, y reintegrar á todas las generaciones en la posesion de todas las cosas que se habian perdido por el pecado. No hai perdon sin penitencia, ni penitencia sin espiacion, ni espiacion admisible sin una igualdad proporcional á la ofensa que se hace. Estas consideraciones que pueden explicarse perfectamente sin otro auxilio que los recursos filosóficos, nos preparan á comprender en todas sus partes las verdaderas causas de la Encarnacion del Verbo, disponen al alma para el advenimiento de la fé; y ya desde entonces la razon y la fé perfectamente unidas, disipan todas las tinieblas, y en vez de columbrar alguna cosa indigna de la Magestad de Dios en los padecimientos de Jesucristo, miran su pasion y su muerte como una cosa divina, y el Misterio de la Encarnacion en todas sus partes como el principio exclusivo de la regeneracion del mundo, el fundamento único de nuestras esperanzas, la causa primera de las virtudes y el título exclusivo de nuestra felicidad. Primer efecto de la Encarnacion, borrar el pecado y habilitar al hombre para entrar en el camino de la felicidad.

807. Pero en las obras de Dios nada es incompleto; y por tanto, por la Encarnacion del Verbo Divino, no solo se reconcilia Dios con el hombre, sino que éste recibe á su turno una comunicacion divina, que por razon de sus efectos, parece cambiar de naturaleza. Jesucristo era Dios y hombre; y por esta doble circunstancia hacia resplandecer la divinidad constantemente en todas y cada una de sus acciones. Los sentidos de todas las personas que le veian hablar y

obrar, le hacian reconocer como hombre; pero la razon de todos los siglos, al examinar las palabras y las acciones de Jesucristo, no ha necesitado de otra cosa que de su mismo Evangelio y de su vida, para concluir evidentemente, que el que así hablaba y así obraba no era solo hombre, sino tambien Dios. Por parte de su entendimiento, deja traslucir el entendimiento divino en la naturaleza de sus dogmas; por parte de su voluntad, hizo reconocer la voluntad divina en el heroismo de sus virtudes, en la pureza intachable de su conducta; por que como hemos dicho y la experiencia lo demuestra, ni el entendimiento es capaz de tan sublimes alcances ni el corazon es árbitro de tan heroicas victorias. Contrayendo estas ideas al exámen del hombre regenerado por el cristianismo, vemos desde luego, que sin una comunicacion divina de luz y de fuerza no podría ni reunir los conocimientos que hoy atesora ni hacer admirar las virtudes que hoy practica. La prueba es clara: cuarenta siglos de razon, no pudieron alcanzar la milésima parte de los conocimientos sobrenaturales que hoy enriquecen aun á la parte comun de los cristianos; y toda la antigüedad que tanto se jactaba de cultivar las virtudes, no consiguió mas que reglamentar el orgullo. Si pues la causa de esto es como se ha dicho, que antes de Jesucristo no contaban los hombres sino con las luces naturales y los esfuerzos comunes, el cristianismo vino á contrariar estas dos causas, divinizando en cierto modo la naturaleza: pues tal nos parece la del hombre cuyo entendimiento está ilustrado por la fé, y cuya voluntad está sostenida por la gracia.

808. De todo lo dicho resulta que el plan del

cristianismo está montado sobre las basas de la fé, de la esperanza y de la caridad. El hombre antiguo no podia volver á los caminos, que habia corrompido la carne, por falta de luz: el cristianismo le da esta luz por medio de la fé; y la fé le descubre su verdadero origen, su verdadero destino y le señala por tanto la línea que debe recorrer para llegar por último á la posesion de la felicidad; ¿pero que habria conseguido el hombre con solo la fé? Al brillar en su razon esta antorcha divina debió convencerle plenamente de que no era mas que un hijo desheredado y sin humano recurso para reconquistar su herencia: de este modo el nacimiento de la fé habria sido precisamente el sepulcro de la esperanza. ¿Pero qué sucedió? La religion no abandona un instante al hombre, pues en el momento mismo en que descubre la felicidad se la promete infaliblemente: la Encarnacion del Verbo Divino todo lo repara, todo lo asegura; y este dogma consolador y sublime engendra la esperanza en el corazon del creyente, y adelanta maravillosamente la grande obra de la felicidad. Mucho se adelanta con la esperanza; pero Dios ha querido poner condiciones á la felicidad que ella promete. Con la pasion de Jesucristo el hombre amerita sus acciones, pero no se exonera de practicar las virtudes. La grande obra de su ventura se consume pues, en la caridad que no es sino el cumplimiento de la lei. Mas esta lei sin cuyo cumplimiento, toda esperanza sería vana y presuntuosa, es una lei perfectísima en cuyas aras debe hacerse el holocausto de todas las pasiones; es una lei de sacrificio continuo, y la primera víctima que se le inmola es nuestro propio corazon. El hombre debe cumplirla;

pero el hombre siempre es hombre, siempre abriga un corazón terreno, siempre le seducen las vanidades del mundo, siempre le aprisionan los encantos de los sentidos, siempre le asaltan las tendencias de la carne; y no puede dar un solo paso sin hallarse en abierta lucha consigo mismo, sin tener que combatir á diestra y á siniestra contra todas las pasiones. En una situación semejante, el hombre perecería sin remedio, víctima de tantos peligros y de tantos combates, si la religion le abandonase un solo instante á sí mismo; pero sucede mui de otra suerte; y á la esperanza cristiana se unen los medios eficaces para cumplir la lei, y la posesion de la caridad viene á ser la última piedra que corona el grandioso edificio de la renovacion evangélica. La caridad es un sentimiento recíproco, una verdadera alianza entre Dios y el hombre, alianza que se estrecha con el vínculo de la Encarnacion del Verbo. Siendo un sentimiento recíproco, consiste de parte del hombre en el cumplimiento de la lei, y consiste de parte de Dios en la proteccion continua de sus criaturas. El hombre, negandose á sí mismo, inmola su propia naturaleza en las aras del Evangelio, y Dios corona esta inmolation por la comunicacion perenne de un ser divino que nos dá la voluntad y el poder de vencer todas las pasiones y practicar todas las virtudes. Este ser, que es la gracia, corre junto con la sangre de Jesucristo y sigue al hombre y á la sociedad en todas sus situaciones, en todos sus estados y en todas sus vicisitudes. Nace apenas el hombre y la gracia le sale al encuentro en la fuente pura que le regenera; he aquí la gracia comunicada por el bautismo: dá sus primeros pasos en el curso

de la vida, y la mano venerable del Pontífice imprime sobre su frente un nuevo carácter de santificacion que aumenta la riqueza del bautismo, y añade por explicarnos así, luz á luz y fuerza á fuerza. Despierta la razon y brillan por desgracia los funestos destellos de la ciencia del mal, la funesta escena del paraíso se renueva en las primeras acciones deliberadas del hombre; y peca, y pierde para sí todos los tesoros adquiridos en el bautismo y la confirmacion; mas no muere la esperanza en el naufragio de la inocencia. La gracia todo lo tiene previsto y preparado; y la sangre, que salvó al mundo, subsiste eternamente para salvar en particular á cada uno, cuando al sentimiento de su pecado une los primeros impulsos del arrepentimiento. Jesucristo subió al cielo, pero no se llevó consigo las llaves de su reino, por explicarnos así, pues dejó á sus Apóstoles y en ellos á sus Ministros el mas pleno y omnínodo poder para perdonar los pecados: he aquí el sacramento de la penitencia. A este sacramento, sigue el de la Eucaristía. Por él, el hombre recibe realmente á su Redentor, su cuerpo, su alma, su divinidad; y con esta adquisicion que puede renovar todos los dias de su vida, se hace dueño de todas las esperanzas de la tierra y de todos los tesoros del cielo. Llega un tiempo en que el hombre sale del seno de la familia para formar una nueva en la sociedad, ó para segregarse de ella como una porcion escogida exclusivamente para el santuario; y en estos momentos la gracia viene á ilustrar, rectificar y fijar la vocacion y á consagrarla para el cielo. El matrimonio ya no es exclusivamente un contrato, es un sacramento de la

nueva lei, una alianza que Dios estrecha, un nuevo plantel de virtudes, una nueva fuente de felicidad; el órden sacerdotal inscribe al hombre entre los Ministros del santuario, y le reviste de una nueva fuerza para santificarse á sí mismo, y de un poder celestial para salvar á los hombres. Finalmente la gracia no abandona al hombre ni en los últimos instantes de su vida. Cuando ya le ve luchando con la muerte vierte sobre sus miembros el oleo sagrado, y para servirnos de la espresion de Bossuet hace correr sobre el hombre la sangre de Jesucristo con este precioso licor, sana la alma, remite los pecados, limpia las tristes reliquias de la culpa y tambien puede producir la sanidad del cuerpo. He aquí el sacramento de la extrema-uncion.

809. Tales son las basas de este plan maravilloso, único; que hace admirar en el todo, y en sus partes la religion de Jesucristo: tales son los elementos de vida que hicieron resucitar al antiguo mundo, sentado como dice el Profeta, á las sombras de la muerte; que hicieron volver la esperanza que habia volado con la inocencia, y que engrandecieron el poder con la caridad, á fin de que el hombre caminando de virtud en virtud, como se esplica el salmista, pudiese incorporarse por último, dentro de los muros de aquella ciudad santa, donde reina para siempre el Rei de los reyes.

810. Antes de pasar adelante hagamos una sencilla reflexion. En todos los pueblos, sea cual fuere su sistema religioso y politico, es de todo punto imposible, que la sociedad subsista sin principios, sin probabilidades de adquirir algun bien, sin relaciones

ciones íntimas entre los individuos que la componen. De aquí, tres necesidades sociales: primera, las doctrinas; segunda, las esperanzas; tercera, las conexiones: las doctrinas no pueden propagarse entre la multitud por el convencimiento; sino por el ascendiente de la autoridad. Admitir una doctrina por autoridad es creer, mas bien que persuadirse. He aquí una especie de fé aunque puramente humana. Someterse á un régimen establecido con el desig-nio de alcanzar un bien que se mira como posible, ya consista este en un goce positivo, ya en la simple privacion de una pena es esperar: he aquí pues una especie de esperanza aunque puramente humana: obrar de concierto con los vínculos naturales ó las conexiones que se forman en la sociedad es obrar por benevolencia y por amor: he aquí un bosquejo de caridad aunque puramente humana. Estas tres virtudes, fé, esperanza y caridad, estan figuradas pues por la misma naturaleza entre los elementos sociales; de donde resulta que se hallan ligadas de tal suerte con el sistema de la felicidad, que el bienestar político y civil de las naciones ha debido y debe estar siempre en razon directa de aquellas; en términos, que cuando se encuentren ellas en su mas alta perfeccion, tocarán los pueblos en el zenit de su grandeza; y al contrario; á medida que ella se disminuya, se desnaturalize y se acabe, irá siempre á ménos, ó cambiará de carácter, ó acabará totalmente el bienestar de los pueblos. La fé del gentilismo era meramente humana; y como toda ella venía de los filósofos, era tan versátil como la filosofía, incapaz de órden, de permanencia y de perpe-

tuidad; por que desprovista la razon de todo título que le asegurase su infalibilidad, corrió siempre la suerte de las opiniones, y nunca ganó cosa notable ni en el número ni en la duracion de sus conquistas. El género humano no podía por lo mismo regenerarse en este punto, sino dando á la creencia universal una irrecusable garantía: el Evangelio dió á los hombres esta garantía, publicándose á nombre de Dios. Todo ha correspondido á la idea: la fé cristiana tiene ya diez y nueve siglos de vivir entre nosotros, y en su esencia no ha cambiado un solo punto. El gentilismo, á pesar de su mitología, casi todo lo esperaba de los hombres y lo tenia de los hombres; y esta circunstancia produjo dos males: primero, que la esperanza no tuvo nunca un carácter fijo por que los bienes y los males debieron sufrir la lei de las pasiones de aquellos que gobernaban al mundo: segundo, que la esperanza, limitada como estaba á lo puramente exterior, no podía ejercer el menor influjo en los principios secretos de la conducta: ¿qué debía resultar de aquí?, que á la virtud sincera reemplazó el bien parecer; y que el arte de ser feliz quedó separado de hecho de la justicia natural, y exclusivamente sujeto á la destreza de la hipocresía y al cálculo de las conveniencias. Era pues consiguiente que desnaturalizada esta virtud se alterase el sistema de las acciones, y que en vez del orden y la paz, estuviesen fluctuando los pueblos entre el desorden y la guerra, entre la tiranía de los gobiernos y el desenfreno de las masas.

811. No teniendo mas apoyo la benevolencia mutua que las simpatías naturales ó los intereses del mo-

mento, las relaciones sociales debieron ser mui precarias; y desprovisto el hombre de un principio eficaz que arreglase sus inclinaciones naturales, que destruyese sus antipatías caprichosas y le determinase al sacrificio de los intereses del momento, se exageraron por supuesto todos los sentimientos, se multiplicaron contra justicia ciertas conexiones, se destruían con frecuencia relaciones importantes; y por un resultado infalible de este sistema, el gentilismo se abandona por una parte á todos los desórdenes de la voluptuosidad, y se entrega por otro á todas las inspiraciones del ódio. La caridad cristiana todo lo transforma: inscribe la virginidad al frente de los estados perfectos, lleva la pureza hasta la region del pensamiento, hace de la continencia una virtud, y lleva el punto de la castidad hasta el lecho de los esposos; hace de todos los hombres una sola familia, inscribe el ódio y la venganza en el catálogo de los crímenes: quisiera borrar de su idioma hasta la palabra enemigo; pero en defecto de esto concede á quien ha hecho el mal, un derecho sobre el corazon de la persona ofendida, y exige de esta que ame y favorezca á su enemigo.

812. Resulta de lo expuesto, que la fé, la esperanza y la caridad cristianas tienen un carácter de plenitud; y que la religion cristiana presenta un plan cuyo primer carácter es la universalidad, cuyo segundo carácter, es la suficiencia absoluta, y cuyo tercer carácter, es una incontrastable perpetuidad. Mas para reunir este triple carácter, necesitaba la fé una autoridad irrecusable, la esperanza unos datos infalibles y la caridad unos medios seguros. Veamos

ahora el concurso de todos estos requisitos en el plan sublime de la religion. Exige ella sin duda el omnimodo vasallage de la razon humana; pero no lo exige sin garantía. Antes de decir, cree, le presenta una série de argumentos incontestables que la conducen desde las primeras nociones de la existencia hasta el convencimiento pleno de que Dios ha revelado los dogmas que propone y prescrito las leyes á que sujeta la conducta. Este mismo convencimiento afirma al hombre en su fé, y una vez afirmado en ella, reconoce que son infalibles los datos que fundan su esperanza. Entra en la carrera de las virtudes, experimenta en sí mismo la existencia de la gracia que se le comunica, y ciertos placeres de un orden elevado que acompañan siempre á los grandes sacrificios de la virtud. Llegando á este punto nada tiene de difícil para él la legislacion evangélica, y las mismas experiencias que en sí practica le hacen confesar con gloria que ha inclinado su cerviz bajo un yugo mui suave, y puesto sobre sus hombros una carga ligera. He aquí la caridad practicada; y he aquí el plan de la religion en cuanto á los medios indispensables para establecer la fé, plantear la esperanza y cultivar la caridad.

813. No nos detengamos aquí: la religion ha dado un paso mas, y un paso de la primer importancia. No contenta con presentar dogmas infalibles, máximas eternas y medios auxiliares para gobernar la conducta; y teniendo presente que dejando al uso individual el empleo y conservacion de tan ricos tesoros, ellos desaparecerían bien pronto de la tierra, organizó una sociedad visible que fuese la depositaria de todo,

y el órgano por donde se comunicase á cada uno cuanto fuese necesario para adquirir los frutos de la fé, de la esperanza y de la caridad; que explicase todos los dogmas, predicase todas las máximas, sostuviese todas las leyes, administrase todos los sacramentos y comunicase todas las gracias: esta sociedad es la Iglesia, último punto de vista bajo que nos proponemos considerar el plan general del cristianismo.

814. La Iglesia constituye pues una verdadera sociedad, y bajo este respecto es una reunion de individuos unidos entre sí por cierto género de relaciones, sujetos á una regla comun y gobernados por cierta autoridad. Los individuos son todos los católicos, sus relaciones consisten en la comunión espiritual que forman entre sí por los vínculos de la caridad cristiana, sus reglas estan consignadas en el Evangelio y en las leyes que se expiden por la autoridad competente y su gobierno esta depositado en los ministros, á quienes Jesucristo comunicó el poder de gobernar su imperio.

815. En último análisis queda pues reducida la economía de esta sociedad, á dos clases principales, como advierte el sabio Pointier; la de los ministros de Jesucristo que instruyen y gobiernan, y la de los fieles que reciben esta instruccion y son gobernados.

816. Las funciones públicas de los ministros de Jesucristo abrazan la enseñanza, que se refiere á la fé y se comunica por la predicacion, *fides ex auditu*: la comunicacion de la gracia, que se verifica por la administracion de los sacramentos y la conservacion del orden social que se consigue por el ejercicio de la jurisdiccion.

817. El ejercicio de este triple poder no nace de